

LA DECISIÓN

Antonio Luis Gallego López

Los rayos del sol rojo carmesí atravesaban las aguas del caudal que bajaba de lo alto de la montaña, lo que proyectaba destellos de luz allá por donde el río discurría. Las plantas y animales silvestres se nutrían de todo lo que aquel paraje selvático les ofrecía.

Nío recorría el lugar, cesta en mano, en busca de las mejores frutas, pues aquel era un día especial para él. El último que pasaría preocupado por los hombres que había dejado atrás hacía ya cinco años, ya que, después de las siguientes veinticuatro horas, se volvería inalcanzable para ellos.

Durante aquellos años se había establecido en un planeta y una época que *a priori* no le correspondía, pero no le importaba, pues su secreto debía permanecer lejos del alcance de quienes quería utilizarlo para fines malvados.

Tras un largo caminar, al fin la cesta quedó repleta de todo tipo de deliciosos frutos, de modo que ya no tenía sentido seguir buscando. Se dio la vuelta, y con paso ligero caminó hacia el sur, donde había establecido su morada: una pequeña pero acogedora casa fabricada a partir de un container metálico que alguien había dejado abandonado hacía ya más de cinco años.

Durante el camino de vuelta, Nío notó cómo sus botas de cuero se hundían en la embarrada tierra.

«Debió haber llovido la pasada noche», pensó al tiempo que continuaba caminando con dificultad.

Su cazadora protegía su corta camiseta negra de la humedad del ambiente, mientras los bajos de sus anchos pantalones de estilo militar se cubrían poco a poco del barro desprendido por su calzado.

Le costaba mantener la euforia a raya, pues ahora no estaba solo. Había conseguido formar una familia, algo impensable para él, un antiguo mercenario intergaláctico y posterior miembro del ejercito del Gobierno Soberano. Su mujer Anna y su hija Linda lo eran todo para él.

«Veinticuatro horas», pensó mientras caminaba.

Al cabo de unos minutos, Nío divisó una nube de humo que se erigía sobre un punto al sur.

«¡Anna, Linda!», pensó mientras arrancaba a correr y dejaba caer la cesta. Pero algo ocurrió en ese instante. Varios soldados equipados con armaduras y armas de fuego salieron de entre la densa vegetación, sorprendiéndolo.

—¡Maldita sea! Has perdido facultades, Nío. No nos ha costado acorralarte. ¡Ni siquiera te has enterado de que estábamos aquí! —dijo uno de ellos.

El apresurado padre de familia trató de correr y de abrirse paso entre dos de los hombres para continuar su carrera hasta el origen de aquel humo, pues temía por su familia, pero ambos lo agarraron y, propinándole una patada en las piernas, lo hicieron caer al suelo de rodillas.

Aquellos asaltantes no le eran desconocidos, ya que había trabajado con ellos hacía ya más de cinco caños como mercenario. No había duda, lo habían encontrado, aunque su vestimenta distaba mucho de la de un

mercenario intergaláctico, pues vestían nada más y nada menos que el uniforme del Gobierno Soberano. Grandes hombreras metálicas en las que se dibujaba el símbolo del Gobierno: varias cruces superpuestas con un punto en su centro, también sus protecciones en codos y rodillas estaban fabricadas con el mismo material. En sus manos se podía ver un arma de fuego corta, y cada uno de ellos portaba una espada curva. Alrededor de su cintura colgaban negros cargadores repletos de munición. El casco, obligatorio por todos y cada uno de los soldados, parecía no gustarle a aquella gente, pues carecían de él, algo muy común en los mercenarios que se convertían al gobierno.

—Dejar que me marche, mi familia está en peligro. Luego podréis hacer conmigo lo que queráis —dijo el hombre, aún de rodillas.

—¿Tu familia? Nosotros éramos tu familia, hasta que nos abandonaste y te ocultaste en este tiempo y lugar. ¿Por qué íbamos a dejarte ir?

—Vamos Jim, nos conocemos. Deja que me vaya.

El hombre sacudió la cabeza.

—No puedo, ordenes de arriba. Tu familia debe morir. Has sido un peligro para este tiempo, no podemos dejar que continúes aquí un minuto más.

—¡No! ¡Anna, Linda! —gritó Nío, mientras trataba de ponerse en pie.

En ese momento varios hombres se acercaron para retenerlo, y uno de ellos le golpeó con la culata de su arma, dejándolo inconsciente.

Dolorido por el golpe, Nío abrió los ojos, y, con rapidez, trató de ponerse en pie sin éxito, pues se hallaba atado de pies y manos en el húmedo suelo.

—No te resistas, ya no puedes hacer nada por ellos. Tu familia ha muerto, los hemos quemado —dijo uno de los soldados.

El prisionero levantó la cabeza con el ceño fruncido y los ojos cristalinos.

—¡Bastardos! ¡Acabaré con vosotros uno a uno!

El líder del grupo se acercó a él, espada en mano.

—Dinos, ¿dónde lo has escondido? —preguntó poniendo el filo de su arma en el cuello de Nío.

—No sé de qué me hablas.

—No te hagas el esquivo, sabes perfectamente de lo que estoy hablando.

No podía engañar a sus antiguos compañeros, pues, si habían viajado hasta su posición en el tiempo, significaba que habían sido informados.

Los viajes atrás en el tiempo no eran comunes en la galaxia, ya que el Gobierno Soberano era el único que poseía la tecnología para ello. Tecnología implantada en los trajes de sus soldados. Él la había usado para ocultarse en

un tiempo pasado, y después había destruido el mecanismo, eliminando todo atisbo de localización, pero parecía que no había surtido efecto.

—¿Por qué iba a entregarlo? Habéis destruido todo lo que amaba, ya no me queda nada —dijo.

En ese momento, una figura apareció de entre la vegetación y el grupo se inclinó en señal de respeto.

Jim envainó su espada.

—Eso no es del todo cierto —dijo la oscura silueta, mostrándose.

Un hombre de mediana edad, vestido con armadura plateada y con el símbolo del Gobierno Soberano grabado en su pecho, se acercó al preso, casco en mano.

—Debí suponerlo. Guznal, general del Gobierno —dijo Nío, escupiendo al suelo.

—¿Así es cómo recibes al que puede salvarte la vida? —dijo el hombre.

—Mi vida ya no importa. Moriré antes de revelar nada.

El general se rascó la barbilla; su capa ondeaba con la suave brisa.

—¿Y si te dijera que puedo recuperar a tu familia? Es muy simple. Tú me das lo que quiero y yo te envío de nuevo atrás en el tiempo, justo al momento en el que ellas están vivas. ¿Qué me dices?

—¿Me tomas por idiota? Ambos sabemos que no se puede cambiar el futuro, así que, aunque me enviases al pasado de nuevo, la historia volvería a repetirse.

—Eso no es del todo cierto. Lo sería si yo volviese a mi presente con el artefacto, pero, ¿y si vuelvo más atrás?

—No lo entiendo.

—Es muy simple, Tú me das lo que quiero y yo vuelvo al punto temporal en el que estoy a punto de viajar a este momento, así, como ya tendría lo que quiero, no estaría obligado a venir a este planeta de mierda, y tu familia no sufriría la muerte. Simple.

Aquel razonamiento tenía sentido, pero ¿cómo podía confiar en alguien como él?

—¿Qué garantías tengo de que lo que dices es cierto?

—Ninguna, insignificante insecto. Pero es todo lo que tienes. O aceptas, o no volverás a ver a tu familia. Tú decides.

Se enfrentaba a un escabroso dilema, pues aquello que había estado ocultando era un arma peligrosa si caía en malas manos. El Artefacto era capaz de dividir la materia en átomos, pudiendo volver a unirlos. Así, el problema de la escasez de recursos terminaría en toda la galaxia, ya que un elemento compuesto por varios tipos de materiales podía ser dividido para dar uso a dichos materiales por separado. Pero también podía usarse en humanos u otras

razas, de modo que toda una raza podía ser destruida en cuestión de segundos, separando sus átomos para siempre.

Por otro lado, nadie le había nombrado guardián de dicho objeto, y ahora Anna y Linda estaban muertas. Tal vez nunca debió viajar hasta aquel tiempo, tal vez no debió relacionarse sabiendo que podía poner en peligro a quienes estuviesen cerca de él.

Con sus acciones solo había conseguido empeorarlo todo, aunque también era cierto que aquel artefacto había estado oculto todo aquel tiempo, libre de las manos de quienes pudiesen usarlo como arma contra otros. ¿Pero realmente le correspondía a él tomar la decisión que tomó?

Su cabeza le decía que entregar El Artefacto era una mala idea, pero su corazón estaba cansado y afligido, pues solo quería volver a ver su familia.

—Vamos, no tengo todo el día. Escaneadlo —dijo el general mientras señalaba con su brazo al preso.

En ese momento, dos de los hombres, antiguos compañeros de Nío, lo pusieron pie. Uno de ellos sacó de uno de sus bolsillos un dispositivo ovalado, y comenzó a pasarlo a pocos centímetros del cuerpo del preso. Al cabo de unos minutos, el aparato comenzó a emitir un leve pitido al pasar por una de las manos de Nío.

—Está aquí, señor —dijo mirando al general.

—Te lo has insertado en el cuerpo. Bien pensado, pero no te servirá de nada. Todo esto es más importante que tú, estúpido ignorante. Hablamos de la supervivencia de la galaxia, y tú la has retrasado cinco largos años. ¡¿Tienes idea de cuánta gente ha muerto por tu culpa?! —dijo Guznal mientras desenvainaba su espada—. Sujetadlo —ordenó.

Los soldados echaron al suelo a Nío y lo inmovilizaron mientras el general se acercaba.

»¿Te crees con autoridad para decidir si se debe o no utilizar El Artefacto? —continuó el general mientras levantaba el filo de su arma.

Acto seguido, cercenó la mano del hombre capturado, el cual gritó de dolor al instante.

»Cauterizad la herida, no quiero que se desangre —ordenó.

El líder del grupo de soldados se acercó a Nío, desenvainó su espada y apretó uno de los botones situados en la empuñadura. Al instante, la hoja comenzó a brillar de un rojizo color. En ese momento, el hombre colocó el filo en el lugar del miembro amputado, lo que hizo que el preso gritase más aún.

—Te dije que dejaras que el Gobierno Soberano se encargase, pero no me escuchaste —susurró el líder que le había cauterizado.

—¿Tú... te fías de ellos? —contestó Nío.

—La galaxia necesita esta tecnología para sobrevivir. O confiamos, o estamos es problemas.

En parte, su antiguo compañero tenía razón. Tal vez se había equivocado huyendo con El Artefacto, pero, si eso era así, también había sido un error que hubiese conocido a Anna, así como el nacimiento de Linda, algo que no podía admitir, ya que sin ellas la vida no habría tenido sentido.

Todo aquello ya no le importaba: la galaxia, el Gobierno Soberano, sus antiguos compañeros. Todo perdía interés y sentido, pues sus dos amores se habían esfumado.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó el líder de los soldados mientras se ponía en pie.

—Solo hay un castigo posible para los que obran como él —contestó el general.

Acto seguido, Jim sacó de una pequeña bolsa de cuero que llevaba a la cintura un objeto metálico de forma cuadrada, lo situó en la palma de su mano y propinó con él un golpe en el pecho de Nío, lo que hizo que el aparato se insertase su piel.

—Lo siento, viejo amigo, pero es lo que hay —dijo Jim.

En ese instante, un fuerte destello iluminó la zona.

Desconocía cuánto tiempo había transcurrido desde el inicio, ya que, al viajar a un tiempo ya vivido, su cuerpo adquiría la misma estructura que la primera vez, de modo que el sueño era algo lejano para él, así como el hambre. El Gobierno Soberano le había condenado a permanecer en el mismo bucle temporal de por vida, y deseaba que solo hubiese sido ese el castigo, pues en su secuencia infinita era obligado a ver una y otra vez cómo su mujer y su hija morían quemadas. Trató de quitarse la vida en varias ocasiones, pero, pese a perderla, siempre volvía al mismo punto escena tras escena, sin descanso.

Se había arrogado la autoridad de decidir quién podía utilizar El Artefacto y quién no, y ahora estaba pagando las consecuencias de su decisión, una decisión que le había costado la vida a su familia y le había sumido a él en aquella agonía eterna. No había nada que hacer; solo deseaba perder la cabeza lo antes posible y no tener que seguir viviendo semejante atrocidad.

En ese instante, una grieta se abrió en mitad de la frondosa selva; al otro lado, un hombre corría desesperado. Al instante, Nío se acercó a toda prisa, pero el efecto duró unos pocos segundos, desapareciendo en el acto.

La espiral temporal se reinició.

Un sentimiento de esperanza nació dentro de él. ¿Existiría alguna posibilidad de salir de aquel bucle, o simplemente la locura le había alcanzado al fin? Sea como fuere, estaba decidido a salir de ahí y a vengarse de quienes habían acabado con todo lo que amaba.